

Esta noche es noche de historias, todos en la aldea se apuraban a terminar sus quehaceres y se dirigían rápidamente a la plaza, los niños corrían, era importante escoger los mejores lugares para escuchar al viejo Udo. Udo es un hombre sabio además de un héroe, en muchas ocasiones sus conocimientos salvaron al pueblo, muchos piensan que es magia pero esa palabra molesta al viejo Udo y lo demuestra con un bastonazo en la cabeza mientras repite “¡Conocimiento, no magia!” como si quisiera meterle las palabras a golpes. Sin embargo no todos comprenden.

El viejo Udo se encuentra callado, con los ojos cerrados, el fuego ilumina su rostro y le dibuja sombras danzantes, Pareciera que las luces transportan a Udo a épocas distantes y remueven sus pensamientos, a veces se estremece, a veces solamente sonrío. La gente intenta adivinar de qué tratará la historia de la noche por su rostro ¿Será alegre? ¿Será de terror? Sin embargo en esta ocasión Udo no da señales, parece más bien serio, tal vez triste.

Cuando toda la aldea finalmente se ha reunido, se hace un silencio mortal, la expectativa de una nueva historia se siente en el aire, el viejo Udo siempre entrega, siempre complace.

Abre los ojos, la gente se inclina hacia adelante.

“Una mañana cualquiera me encontraba haciendo mis deberes, como todo niño de mi edad, antes los niños no estudiaban, aprendían lo que podían solamente de sus padres, no es como ahora que van a los Lugares del Conocimiento y los sabios les comparten sus mentes y los preparan para el futuro.

Estaba muy concentrado en mi tarea, ya no recuerdo que era, tal vez moliendo el grano, tal vez tejiendo una canasta, lo que mi madre me había pedido para ese día. Sin embargo un barullo me hizo voltear a todos lados, las voces se acercaban, se hacían más fuertes. Mi madre también lo escuchó y salió de la casa a ver lo que sucedía. Frente a nosotros pasó una multitud llevando a rastras a un hombre mayor, un hombre extranjero que ya tenía varias temporadas entre nosotros.

- ¿Madre qué pasa? - le dije mientras me acercaba a ella.
- Parece que llevan preso al Alim – me contestó mostrando un poco de angustia.
- ¿Pero por qué? – insistí
- Muchos piensan que es un brujo – Me dijo mientras volvía a sus actividades.

Yo ya había escuchado de Alim, venía de tierras lejanas y al principio hombres y mujeres acudían a él por sus consejos, parecía saber de muchos temas, incluso nos enseñó a usar la piedra para construir, primero fue el templo, con sus bellos arcos y bóvedas que parecían sostenidos por la nada, muchos pensaban que era una locura, que todo se vendría abajo, sin embargo el templo sigue en pie. Algunos murmuraban que Alim tenía algún tipo de pacto con los demonios y sentían inquietud en su interior. Cada vez más, los sacerdotes del tiempo desconfiaban de él, y al poco tiempo hablaban abiertamente cosas malas de él, justo debajo de los cielos de piedra que él había construido para ellos.

A Alim se le veía cada vez menos, se recluiría en su casa donde vivía rodeado de extraños artefactos y cientos de pergaminos manchados de tinta y carbón, las manos de Alim siempre estaban

cubiertas de negro, gustaba pintar por las paredes símbolos extraños que solamente él parecía entender; los observaba largamente y en ocasiones dicen, lo vieron bailar de gusto.

Cada vez que los dioses se molestaban, castigaban a la aldea con tormentos horribles, poco antes de mi nacimiento nos visitó una plaga, muchos murieron, mi madre me dijo que fue muy difícil, los que sobrevivieron se vieron forzados incluso a comer cosas prohibidas, cosas que volvieron locos a los hombres y mujeres.

Los sacerdotes siempre encontraban a los culpables, aquellos que por sus acciones habían traído estos castigos de los dioses sobre nosotros.

Nuevamente los dioses se molestaron con nosotros, muchas de nuestras bestias domésticas comenzaron a morir: vacas, caballos y cabras. Caían al piso y se convulsionaban, poco después morían, un misterio.

En esta ocasión, los sacerdotes señalaron a Alim como el culpable, decían que había traído las misteriosas muertes con sus rituales extraños y sus símbolos paganos, sus danzas ridículas y sus artefactos demoníacos.

Las cosas se pusieron cada vez peor, después de los animales, comenzaron a morir algunas personas. Los sacerdotes exigían más y más sacrificios, más y más tesoros para aplacar a los dioses que continuaban mostrándonos su ira por nuestras faltas.

Una mañana mi madre enfermó, sentí un golpe en mi pecho, mi madre era todo mi mundo, era todo lo que tenía.

La atendía lo mejor que podía, pedía consejo a los sacerdotes y a los curanderos, probaba todos los remedios que me señalaban al pie de la letra y ninguno parecía surtir algún efecto. Mi madre cada vez estaba más enferma.

En mi desesperación, decidí ir a la prisión a hablar con Alim, si él había traído este mal sobre mi madre, tal vez él conocía también el remedio, de alguna forma lo convencería de dármele ¡algo tenía que hacer!

Por la noche me acerqué a la ventana de su celda y lo saludé lo más amablemente que pude, aunque por dentro sentía rabia hacia él por habernos hecho este mal ¿Qué le hicimos nosotros? ¿Qué le hizo mi madre? Tan buena que es y tanto que está sufriendo.

- Alim, por los dioses te imploro ¡dime cómo salvar a mi madre! – le supliqué.
- No he sido yo pequeño – dijo sin siquiera voltear a verme.
- Pero los sacerdotes dicen que has sido tú el que trajo todo este mal – le dije tratando de ocultar mi enojo, lo necesitaba.
- Mi madre está enferma, está muriendo y es todo lo que tengo, no la puedo dejar morir, debo saber cómo curarla, ¡tú me tienes que ayudar! – mi voz se quebró, no pude contener mi emoción y las lágrimas recorrieron mi rostro pegado a los barrotes.

Alim volteó a verme y guardó silencio por unos minutos, yo no podía hablar más, un nudo me cerraba la garganta. Al final yo creo que se compadeció de mí y me dijo:

- Yo no he traído este mal, pero creo poder ayudarte, pero también necesitaré de tu ayuda.
- ¡¿Qué cosa?! ¡Lo que pidas! - Casi grité.

Con una seña me hizo callar, esperó unos segundos para escuchar a los guardias y al notar nada extraño continuó:

- Debes traer pergamino y carbones de mi casa – dijo.
- Mañana mismo te los traeré – le dije mientras me retiraba.

La siguiente noche, después de atender a mi madre y dejarla dormida, fui nuevamente a la prisión y cuando los guardias estaban distraídos me acerqué a la pequeña ventana donde había hablado con Alim la noche anterior.

- Alim, aquí traigo tus cosas, además te traje algo de comer y de beber – susurré mientras le pasaba un paquete entre los barrotes.
- Gracias, ahora espera – comentó al apartarse a un rincón de su celda por donde se colaba la luz del fuego de los guardias.

Después de un rato, me pasó un pedazo de pergamino con unos trazos que me dijo representaban a la aldea, cuando entendí su dibujo me dijo:

- Marca en este pergamino los lugares en donde estaban los animales que han enfermado y también las personas, me tendrás que decir en qué orden fueron enfermado, quién primero y quién después. No puedes decirle a nadie lo que estás haciendo, no dejes que vean el pergamino, es importante o la gente sospechará de ti.

No entendía por qué me lo pedía, pero obedecí, haría cualquier cosa para salvar a mi madre.

Al día siguiente recorrí toda la aldea, preguntando, observando, marcando discretamente el pergamino, cada marca, un enfermo, tal como me lo pidió Alim.

Comencé a notar cosas extrañas, las marcas estaban agrupadas, casi todas en una parte de la aldea, la parte de la aldea donde vivíamos mi madre y yo, aunque había otras marcas retiradas de ese lugar, pero eran menos. Cada cierto tiempo volvía con mi madre, la atendía, la aseaba, le daba de comer y volvía a mi pergamino, tenía que terminar pronto, de eso dependía su vida.

Esa noche volví con Alim.

- Alim, aquí tienes el pergamino, mira – le extendí mi brazo con el pergamino.
- Deja lo veo bien – se retiró al rincón bañado con la tenue luz del fuego.
- Muy bien, seguro notaste que muchas marcas están concentradas en esta parte de la aldea - dijo Alim mientras señalaba al pergamino – ahora vas a observar con mucha

atención lo que hace la gente que vive ahí y sobre todo, las cosas que hacen igual. Después irás al sector más lejano de la aldea y vas a hacer lo mismo con las personas que viven ahí.

Nuevamente me fui sin entender para qué me pedía estas tareas, sin embargo al día siguiente las llevé a cabo con todo el celo posible, observé y observé hasta que mis ojos se cansaron, y de cada actividad que realizaban los aldeanos, la que destacaba era que en los dos sectores tomaban el agua de pozos diferentes, las personas que viven cerca de las marcas toman el agua del mismo pozo de donde yo saco el agua para mi casa; las personas que viven lejos, en la parte donde casi no hay marcas, toman agua de otro pozo.

No podía esperar a hablar con Alim ¡necesitaba respuestas y pronto!

Oculto en la oscuridad nocturna me pegué a los barrotes de la ventana y hablé largamente con Alim, le detalle todas mis observaciones y sobre todo, lo de los pozos de agua. Después de meditar un poco me dijo:

- Muy bien Udo, eres un niño muy inteligente, has encontrado literalmente la fuente del mal, ese pozo de agua es donde está la enfermedad. De ahora en adelante buscarás agua del pozo más lejano y prepararás infusiones de hierbas a tu madre con agua hirviente, yo les llamo té. Si tu madre mejora, habrás de contarle a los demás lo que hiciste, pero no podrás revelar a nadie cómo lo supiste.
- Gracias Alim – le dije conmovido – haré enseguida lo que me pides - ¿Quieres que haga algo por ti?
- Tráeme algunas brazadas de cuerda – dijo secamente.

Volví de inmediato con lo que me había solicitado y nos despedimos. Después fui a conseguir el agua del pozo lejano y siguiendo las instrucciones de Alim, preparé las infusiones para mi madre. Lo hice varias veces durante los siguientes días.

Una mañana, mientras volvía del pozo con agua para mi madre, un aldeano me dijo que Alim había escapado de su celda, que había utilizado un extraño instrumento hecho con cuerda y un pedazo de madera para vencer los barrotes.

Tratando de ocultar el gusto que sentí por la libertad de Alim, regresé a mi casa con mi madre, que ya se sentía mucho mejor. Compartí mi remedio con las demás personas y muy pronto todos los aldeanos hervían el agua antes de beberla, el pozo con la enfermedad fue cerrado.

No volví a ver a Alim, pero seguí observando como Alim me enseñó, cuando fui mayor, viajé a las tierras de donde Alim había venido y con la ayuda de varios sabios aprendí finalmente el significado de los símbolos que Alim trazaba en las paredes, fue cuando comprendí que lo que hacía Alim no era magia, lo de Alim era Conocimiento y el camino al Conocimiento es la Ciencia.

Constantemente enviaba paquetes y noticias a mi madre con viajeros, le hacía llegar telas y otros regalos, hasta que un día decidí llevarlos en persona y volver a abrazarla.

En secreto fui tomando los pergaminos y los artefactos que Alim abandonó en su casa y los estudié con mucho detalle.

Poco a poco me fui ganando la reputación de sabio en la aldea y fui convenciendo a la gente de la importancia del Conocimiento y de la Ciencia, ya no se castiga a las personas por las desgracias, sino que buscamos sus causas. Ahora los niños aprenden los símbolos desde pequeños en los Lugares del Conocimiento, cada vez nuevos artefactos hacen la vida de la aldea más sencilla y nuestra gente disfruta de la riqueza.”